

Campos de Castilla

Introducción

Campos de Castilla, tal como aparece en las *Poesías completas*, incluye como es bien sabido no solo los poemas del libro de ese mismo título publicado en Madrid en 1912 (poemas escritos en su mayoría en Soria, de 1907 a 1912), sino también otros muchos escritos más tarde, de 1912 a 1917, cuando Machado, muerta ya su esposa Leonor, se encontraba en Baeza, de nuevo solo y triste.

Los poemas primeros, los que ya aparecieron en la edición de 1912, preceden generalmente, en las *Poesías completas*, como es natural, a los posteriores, los de Baeza. Pero hay algunas notables excepciones: entre los del principio (los que tratan del campo y del hombre sorianos, castellanos), aparecen intercalados seis poemas, números CI a CVI, que no se encontraban en dicha edición; y en cambio otros que sí se encontraban allí, y que hablan sido incluso publicados antes, en una revista en 1909, aparecen en las *Poesías completas* mucho más adelante, intercalados entre los de Baeza.

Esto complica a veces algo la ordenación, si queremos atender por un lado a los temas, y por otro tener en cuenta las fechas de composición o publicación, y al mismo tiempo no olvidar, en lo posible, el orden en que Machado mismo colocó esos poemas. Considerando todos estos factores, en nuestro estudio de *Campos de Castilla* consagramos los dos primeros capítulos principalmente a los poemas incluidos en la edición de 1912 (y excepcionalmente también a algunos otros) y los otros dos capítulos a los poemas de Baeza.

Cuando se consideran en conjunto los poemas de *Campos de Castilla* y se comparan estos con los de *Soledades*, cualquiera llega pronto a la conclusión de que, en general, en esta segunda parte de su obra, hay una mayor objetividad. Pero no es seguro que este término sea el mejor para expresar lo que realmente ocurre. Lo que se quiere decir, y ello se ha señalado ya muchas veces, es que en *Campos de Castilla* Machado exhibe menos su *yo*, sus personales problemas, anhelos y preocupaciones. El énfasis se pone ahora, a menudo, más que en su propia alma, más que en lo que él siente, en *lo de fuera*, en lo que contempla: paisajes de Castilla, hombres, España, etc. Aunque, claro es, la descripción incluya siempre, más o menos implícitos, más o menos intensos, pensamiento y emoción.

Hablar de un cambio *radical* sería exagerado. En primer lugar no hay que olvidar que, como ya vimos, en *Soledades* hay poemas bastante *objetivos*, hasta donde esto es posible. No menos objetivos en todo caso que los de *Campos de Castilla*. Además, en esta última obra, especialmente si consideramos los poemas todos del período 1907-1917, y no solo los de la edición de 1912, hay composiciones de muy distinta clase, más y menos objetivas.

En un muy conocido artículo, comentando el libro *Campos de Castilla* de 1912, escribió Azorín que se trataba de una «colección de paisajes castellanos». Y también: «La característica de Machado... es la *objetivización* del poeta en el paisaje que describe... paisaje y sentimiento... son una misma cosa; el poeta se traslada al objeto descrito y en la manera de describirlo nos da su propio espíritu... Nada de reflexiones o incisos e intromisiones personales... sin embargo, en esos versos sentimos palpitar, vibrar todo el espíritu del poeta»⁴

Esto es exacto, muchas veces, en ciertos *trozos* de algunos poemas, cuando pinta solo el paisaje. Y bien puede decirse que es «característica» de Machado. Pero como pronto vamos a ver, no faltan casi nunca, en esos mismos poemas, en los que más describe el paisaje castellano, «reflexiones» e «incisos e intromisiones personales». Son necesarias muchas salvedades al hablar de la «objetividad» de *Campos de Castilla*. Es peligroso generalizar demasiado. Lo mejor y más seguro es ir viendo uno a uno, sin prejuicios, cada poema. Mas, por otro lado, es innegable que, en comparación con *Soledades*, se observa en *Campos de Castilla*, en general, un mayor interés hacia el mundo externo, el paisaje, los otros; y una menor exhibición del alma propia. Y cabe entonces preguntarse previamente, antes de enfrentarnos a los poemas: ¿Por qué ocurrió ese cambio? ¿Qué es lo que hizo a Machado salir de sí, mirar más —y no solo buscando su alma— hacia fuera; olvidar en gran parte sus penas, o hablar menos y más discretamente de ellas? Hay sin duda varias causas.

La primera es que, al parecer, desde hacía tiempo, Machado venía sintiendo que el poeta debería

⁴ «El paisaje en la poesía», en *Clásicos y modernos*, Madrid, 1913.

hacer algo más que contemplarse a sí mismo. Como hizo notar el profesor G. W. Ribbans, y también otros, en una carta que escribió a Unamuno a principios de 1904 (de la cual este cita fragmentos en su ensayo «Almas de jóvenes») decía Machado entre otras cosas: «No debemos crearnos un mundo aparte en que gozar fantástica y egoístamente de la contemplación de nosotros mismos». Y en un artículo de la misma época, que trata del libro *Arias tristes* de Juan Ramón Jiménez (reproducido hoy en *Obras. Poesía y prosa*), repite casi lo mismo, y además muestra que el reproche que hubiera podido hacerse, y que seguramente él mismo se hacía, de ser egoísta, le afectaba bastante: «Se nos ha llamado egoístas y soñolientos. Sobre esto he meditado mucho y siempre me he dicho: si tuvieran razón los que tal afirman, debiéramos confesarlo y corregirnos. Porque yo no puedo aceptar que el poeta sea un hombre estéril que huya de la vida para forjarse quiméricamente una vida mejor en que gozar de la contemplación de sí mismo... Lejos de mi ánimo el señalar en los demás lo que veo en mí, pero me atrevo a aconsejar a Juan R. Jiménez esta labor de autoinspección».

Otra causa, obvia e importantísima sin duda, fue su larga estancia en Soria. Diríase que el campo castellano proporcionó a Machado la oportunidad de llevar a cabo en sus poemas algo que hacía tiempo anhelaba: apartarse de la «contemplación de sí mismo». Que el campo, y aun la ciudad de Soria, le impresionaron hondamente, y más a medida que se iban adentrando en su alma, es algo evidente para todo lector de *Campos de Castilla*.

Estas dos causas —un cambio de actitud, un querer salir de sí; y la presencia ante sus ojos de la tierra castellana— son las que el propio Machado señala en el prólogo de 1917 a *Campos de Castilla*: «Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada —allí me casé; allí perdí a mi esposa, a quien adoraba—, orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano. Ya era, además, muy otra mi ideología».

Otro de los factores, en estrecha relación con los anteriores, que motivaron el cambio, es lo que podríamos llamar «el espíritu del 98». Un modo de ver y sentir Castilla, y España, que era algo propio de su generación. Algo que hacia 1908 estaba definitivamente en el aire, y sobre lo cual bastante se había ya escrito. Pero al mencionar el influjo que en él pudieron tener otros escritores, es necesario hacer algunas distinciones.

La descripción del paisaje —paisaje real, verdaderamente observado— como medio de expresar un estado de alma, o en relación con un estado de alma, no es algo exclusivo de Machado; pero es cosa que aparece en su poesía tan pronto, o antes, que en la de otros de su generación. El antecedente inmediato en España, es sobre todo Rosalía de Castro. En cambio, el «descubrimiento» de Castilla, la apreciación de la belleza del paisaje castellano es algo propio ya de la generación del 98. Y antes —aunque no mucho antes— que Machado, habían mostrado esta apreciación Unamuno, Azorín y otros. Mas lo verdaderamente típico de «los hombres del 98» es mezclar a esa visión estética del campo castellano ciertas consideraciones y sentimientos sobre el pasado, presente y porvenir de España; sobre la decadencia, virtudes y defectos de la raza, etc. Y esto lo vemos en Unamuno, y luego también en Azorín y Baroja, antes que en Machado. En nuestro poeta, tal visión «noventaiochista» de Castilla no aparece sino en 1910. Esto no quiere decir que las inquietudes propias de los escritores de su generación con respecto a España no llegaran a Machado antes de esa fecha; pero el hecho es que no las expresa, en poemas, sino a partir de 1910.

Por último, una causa muy importante del cambio que se observa en su poesía, fue seguramente Leonor, o más exactamente su amor por Leonor, a quien conoció a fines de 1907 y con la que se casó el 30 de julio de 1909 (y casi exactamente tres años más tarde, como es sabido, muere esta: el 1 de agosto de 1912).

Como vimos, el tema más repetido en *Soledades* era el de su tristeza, el de su soledad: soledad por hallarse en el mundo, perdido, sin Dios, sin objeto; pero también soledad por falta de amor. La vida sin amores hacía más honda y angustiosa su soledad existencial, pues dejaba esta al desnudo todo el tiempo. Y claro es que, siendo así, al encontrar un amor (una mujer «a quien adoraba», su primer gran amor verdadero muy posiblemente), una causa principal de sus tristezas desaparecía; y la otra, básica, quedaba momentáneamente al menos encubierta, relativamente olvidada.

Machado, desde 1908, satisfecho, o menos obsesionado que antes con su propia soledad y tristezas, debió de encontrarse, pues, con los ojos y el corazón disponibles para ver y sentir lo que hallaba

frente a sí. Y a esto debió de juntarse lo que ya hemos mencionado: una incitación que estaba en el aire, que le movía a contemplar Castilla y sus hombres; y un viejo deseo suyo de que su poesía fuera algo más que un registrar los latidos de su corazón anhelante y solitario.

Cierto es que con esa poesía de la cual ahora quería apartarse, había conseguido creaciones extraordinarias, de una belleza e importancia —y universalidad— muy superiores a lo que el probablemente pensaba. Pero esta no es la cuestión. El caso es que él quería cambiar de rumbo, y que diversos factores contribuyeron a que pudiese llevar a cabo ese cambio. De hecho, todos esos factores *juntos* lo explican perfectamente.

Cuando muere Leonor hay un nuevo cambio de actitud, una vuelta, durante varios meses, a la «subjetividad», aunque no sea ya la misma de antes. Y cuando, siguiendo otra vez la corriente del «98», poco después, a la vista de la triste realidad nacional, en Baeza escribe a veces poemas bastante amargos, llenos de violentas censuras, puede imaginarse que, además de su humana y patriótica indignación, un factor en su actitud es la soledad de nuevo, la ausencia de Leonor.

Campos de Castilla es un libro muy variado, con poemas de muy distinta clase y muy distinto valor. Pero con ese salir de sí a veces: con esa mirada hacia fuera, buscando allí algo que no es sólo su propio corazón, logra escribir algunas de sus mejores y más durables poesías. Y lograr dar a estas una nueva dimensión.